

RAMOS RODRÍGUEZ, Froilán. *Guerra Fría Global. El pensamiento militar chileno y venezolano (1960-1970)*. Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, 2022.

Requiere mucho cuidado y sutileza abordar el tema del impacto de las doctrinas de guerra irregular en las fuerzas armadas latinoamericanas, y en este caso Chile y Venezuela entre 1960-1970. El autor lo hace a través de contundentes 523 páginas, que, salvo algunas como determinada documentación no facilitada por la Academia de Guerra de Chile, comprenden casi todas las fuentes para formar un cuadro comparativo de interés. Este es precisamente el marco de un estudio latinoamericano que busca contestar preguntas en común, mediante un método hermenéutico, principalmente basado en la descripción documental, con particular uso de cientos de “hojas de vida” o “pases de retiro” de oficiales de ambos países, respuestas cómo reaccionaron las instituciones terrestres de Chile y Venezuela frente a los escenarios de conflictos no convencionales. Una tesis doctoral en la Universidad de los Andes, Chile, que evidencia correspondencia con los estudios sobre los militares del venezolano Domingo Irwin –a quien se dedica el estudio-, y de su tutor, Enrique Brahm, autor de *Preparados para la guerra*, un contundente estudio sobre el pensamiento militar chileno entre fines de siglo XIX y principios del XX. Ramos, evidencia la rigurosidad documental del segundo, con una visión macro de las instituciones castrenses del primero. Ahora bien, de lo que se trata es cómo afectó este nuevo escenario de guerra en su doctrina y entrenamiento a las fuerzas armadas de ambos países en tres variables: 1) militares chilenos y venezolanos en el US Army, 2) militares chilenos y venezolanos ante la Guerra No Convencional, y 3) militares chilenos y venezolanos en su adaptación a la Nueva Guerra (p.31).

Esta influencia alguna literatura la ha insertado dentro de la Guerra Fría Global, y del adiestramiento por parte de la Escuela de las Américas en doctrinas de seguridad nacional. Por otra parte, se inserta esta preocupación como un aspecto de época, siguiendo los estudios de Gaddis o Ferguson, por nombrar especialistas destacados. Como dice el autor, la apoyatura material de esta coordinación en lo militar fue dada por la Junta Interamericana de Defensa, 1942, el Tratado de Asistencia Recíproca o TIAR de 1947, y

la Organización de Estados Americanos, 1948 (p.37). además de los acuerdos bilaterales con Estados Unidos. Chile y Venezuela fueron receptores de segundo orden de ayuda militar, y convergen en dimensiones territoriales, población y Producto Interno Bruto de la época (p. 40). En este escenario hay que entender la novedad de enfrentamientos que se reflejaban en Vietnam, Argelia (punto de interés de A. M. Robin) y por supuesto en Latinoamérica, como lo prueba que el ejército venezolano adquirió bastantes ejemplares del pensamiento del Che Guevara. Si bien Chile presentó bibliografía y escritos más diversificados en cuanto a su influencia, no se ignora el peso de películas y de la publicación *Military Review* a las que recurrió la Misión Militar Norteamericana en la difusión de las nuevas doctrinas (p. 318). Mientras en Venezuela hubo un éxito frente a los frentes guerrilleros (1962-1968), en Chile fue una preocupación residual, sólo alterada por el MIR a fines de los 60, permitiendo observar que, pese a matices, fue muy importante para ramas de inteligencia, paracaidistas y comandos, mientras que en Venezuela derivó en cambio a constituir unidades de Cazadores más específicas para teatros de operaciones selváticos. Menos relevante es este último país fue en el uso de tanques (solo livianos) y helicópteros (una solución muy cara para estos ejércitos). Mientras en Venezuela oficiales jóvenes escribieron relatos novelados, en Chile a posteriori de los años setenta esta dimensión ha objeto de memorias poco explícitas, de las que el autor destaca la de Patricia Lutz, hija del general homónimo, *Años de Viento sucio* (1999). Mientras que en el país caribeño la defensa de la democracia fue motivo de satisfacción, y eso hace que la izquierda de ese país gire, como dice Irving, en infiltrar al ejército mediante logias con un nuevo pensamiento.

Para ir concluyendo, hay que volver al porqué de los casos seleccionados. Venezuela fue una democracia, tras la caída de Pérez Jiménez en 1958, en que las fuerzas armadas fueron garantes de la estabilidad (p. 77). Impidieron golpes, y afrontaron una operación militar de guerrillas, con apoyo cubano, que fracasó en democracia. Chile también fue una democracia en este periodo, pero las consecuencias de esta influencia y otras de carácter más políticas, vino a reflejarse mucho después y fueron los oficiales jóvenes, en ese entonces, los que observaron con más interés esta dimensión, mientras la

oficialidad vieja se centraba en enfrentamientos e hipótesis de conflicto convencionales con países vecinos, normalmente considerada desde +3 a +1 adversario.

El autor indica que Venezuela modificó su doctrina militar para insertar en 1962 “la guerra irregular”, mientras que en Chile fue denominada, desde 1966, “operaciones especiales”, y estaba incardinada en operaciones comando y paracaidistas, siempre conservando el foco en un enfrentamiento convencional, pensando en tareas adicionales a una planificación de guerra tradicional. Ahí el modelo fueron las unidades de Ranger y su manual de 1957, y una lista de otros manuales FM. No obstante, también se estudian como casos de estudio las técnicas británicas en Malasia, la Revolución Castrista, las operaciones contra japoneses en las Filipinas, las tácticas de infiltración tras las líneas de Rommel en la Primera Guerra Mundial, y las operaciones de Otto Skorzeny. La instrucción estadounidense fue americanizando ambas instituciones, y en el caso de Chile los oficiales se vestían de uniforme prusiano para las ceremonias, y traje “americano” para el combate. A medida que el tiempo pasó, todos los oficiales relevantes en el alto mando pasaron por algún fuerte estadounidense, no solo por la Escuela de las Américas. Ramos agrega contundentemente un cuadro de su autoría, que demuestra que todos los Comandantes en Jefe chilenos pasaron por instrucción en Estados Unidos entre 1958-1970, aunque no solo enfocado en lo irregular (p. 76).

Es cierto, como dice el autor, que no es *sine qua non*, que la instrucción haya estado orientada exclusivamente a la guerra irregular, esto sería reductivista, porque en realidad se trataba de adaptar a los oficiales a una guerra moderna, que era una exigencia profesional en la posguerra. Era la trasmisión, dice el autor, de “un ejército moderno que trasmite un modelo de desarrollo técnico a un ejército disciplinado que recibe un modelo” (p. 396). Prueba de lo anterior, es que conservaba el foco en una posible (III) guerra mundial, y en aspectos como la guerra nuclear, que eran anecdóticos desde las posibilidades de Latinoamérica. También en el desarrollo de blindados para un enfrentamiento convencional para Chile, por ejemplo, tenía que ver con su interés en sus propias hipótesis de guerra vecinal. Desde luego, todo esto no exime al autor de considerar que una cosa era lo escrito y otra era el comportamiento real en esta guerra

irregular, aspecto que tiene más importancia si consideramos que una de las áreas que recibió mayor importancia fue la Inteligencia (anglicismo: Informaciones se dice en español), zona oscura en la cual la recopilación puede ser metódica o saltarse reglas, como es lo habitual en todos los conflictos. Y eso no puede ser desligado tampoco del hecho que las precisiones terminológicas -guerra irregular, de guerrillas, no convencional, operaciones especiales o guerra de baja intensidad, ver pp. 174 y 175- suponen lo político por debajo del análisis militar.

Cristian Garay Vera
Universidad de Santiago de Chile
ORCID, 0000-0002-6575-7456